

sinfonía, ni todo aquello que pacífica y afina al espíritu, porque como dijo el incomparable Pascal, sólo en el reposo es feliz el hombre y su amor y tendencia inextinguible y secreta á él es la única reliquia de su ser primitivo. Deja que brille en tu espíritu no otra luz que la luz de lo bello; cierra los ojos y los oídos, para que los rayos y las voces de lo feo no entren hasta allí y verás que ni pensamientos tristes afligen, ni los afectos se desconciertan, ni se extinguen los dulces acordes del alma, ni se envidia la suerte de otro mortal, cualquiera que él sea, ni en nada se piensa, que no sea en producir lo bello.

A ningún gozo puede compararse

aquel que siente el hombre que, en presencia de lo bello, tiene sus sentidos despiertos; contempla la naturaleza, si en tí no sientes arder el sacro fuego de la hermosura y del amor; contéplala á menudo y no desistas ni por un momento de contemplarla y si, á pesar de esto, tus miembros no obedecen á la mente, dile con las más tristes palabras de tu maravillosa lengua que no naciste para engendrar lo bello; aplícate á su contemplación y no olvides estas palabras del admirable intérprete de Plotino. “En vano indagará alguien la belleza, si no hace hermosa su alma, por la conversión al divino entendimiento; el que esto logra, en viendo la

hermosura su alma, verá en seguida otra superior, porque la primera hermosura es la plenitud del entendimiento." (1) Por este medio oh platónico, contemplando simultáneamente el espíritu y la naturaleza serás filósofo y profundo conocedor de lo bello; derramarás la copia de tus razones en la filosofía, ciencia más pura que todas las ciencias y todas las artes, como lo hicieron Sócrates, Platón, Máximo de Tiro, Plotino, Porphyrio, Jámblico, y, siendo así, qué importa que tu mano sea rebelde y torpe?

Más admirable es ciertamente y más deseable definir lo bello, que

¹ Plotin. Ennead. De Intelligibili. Pulchrit. Interpret. de Marsil. Ficin.

labrar una estatua y más apetecible conocer la inteligible hermosura de las formas de la materia, que educir una de ellas. No quisieras ser más bien Plotino que Praxíteles? Educa tu espíritu, para que perciba lo bello, donde quiera que exista, y, en viéndolo, quede enajenado y embriagado con sus propias emociones y afectos; ejercítalo en las bellas doctrinas, enriquecelo con todas las disciplinas, para que algún día contemple con más claridad que todos los filósofos y todos los artistas que han existido hasta aquí, la unidad de lo bello, fin de todas las labores, de todos los deseos, de todas las contemplaciones y de todos los afanes de esta

vida mortal. Si algún hombre pudiera llegar á ser el más admirable y perfecto de los artistas, el que esto alcanzara, lo sería ciertamente.

Las hermosuras inferiores (pulchra inferiora), como llamó San Agustín en el admirable libro de sus Confesiones, á los hermosos cuerpos, nunca fueron por mí despreciadas, pero cuán en menos las tendría, si llegara á entender, no lo bello que en las formas existe, sino lo bello que sólo la mente puede percibir y que no puede ser hallado, ni representado en la materia por los más puros signos, sean los que fueren. El alma del artista ó filósofo así purificada, viviría en un cielo interior en el cual contemplaría to-

do: la naturaleza le parecería muda, en oyendo la voz de su espíritu y contemplaría en formas espirituales las sensibles formas que existen más allá de la superficie de la materia. De qué te servirían entonces los sentidos, platónico, si pudieras ver en tu propia alma y en la sola forma de su inteligibilidad, todo lo que en la materia es bello? Un matemático no necesita ver figurado el círculo; traduce en abstractas formas sus propiedades y en ellas contempla su esencia en toda su pureza, sus relaciones y su hermosura misma: la ecuación del círculo es el círculo mismo, pero en su propia inteligibilidad resuelto y no se distingue el uno del otro,

sino en que el primero es perceptible por los sentidos y el segundo por el entendimiento. Si alcanzas las alturas de mi optimismo, verías por un modo semejante al matemático, la belleza de la materia en la forma inteligible que en tí preexiste y quién sabe si, ya constituido en este altísimo estado, despreciarías y tendrías en poco la forma misma, en cuanto que es objeto de tus sentidos. Verías no sólo esta belleza, sino aquella otra que, ni las humanas palabras, ni las mismas innatas formas del espíritu, sea cual fuere el modo porque se combinen, pueden expresar y este mundo mortal te parecería más hermoso que el paraíso

de los dioses descrito por Platón y Plotino, y, con más razón que el filósofo de Lycópolis, podrías decir: 'Todas las cosas son aquí cielo, la tierra es cielo y son cielo los animales, las plantas, los hombres y todo en fin lo de aquí es celeste; todo como el dios más encubierto, lo contemplarías, con mente tranquila, permanente y pura y conocerías, no lo humano que hay en tí, sino lo divino que en tí se refleja.'

Vive en asidua contemplación de lo bello, admíralo con todo el poder de tu alma, ya sea en el mármol ó en el oro ó el marfil, ó en las letras, porque lo bello, donde quiera que exista, es rico de virtud pa-

eficadora; admira la forma, porque en sí misma y por sí misma es bella; alégrate con la alegre naturaleza y piensa que Dios te dió los sentidos, para que por ellos penetres su luz. Por su medio conocerás el mundo exterior de tu espíritu, al cual dice la misma relación que las figuras al libro en que están escritas sus inteligibles expresiones.

PLATÓNICO.

Ahora veo en mi alma la luz de las ideas, como en el firmamento con los corporales ojos la luz del sol y entiendo que así como la luz vivifica los cuerpos y hace realzar, por su esplendor mismo, sus más

bellas propiedades, así la luz de las ideas hace visible la hermosura de las almas, su espiritual forma y las *extollit ad coelestem cognationem* (1) Cuán hermosa es así el alma desde su principio! La veo desde el primer día de su creación, llena de razones concordes, multiformes, conciliables por infinitos modos, veo sus ideas claras, distintas, asentadas en ella, como en un pavimento limpio, terso y lleno de lustre, veo, como se coaptan con los objetos, qué orden admirable y qué relación les dicen. ¡Oh ingenio admirable aquel que, no pudiendo nutrirse con los razonamientos de Xenóphanes, Tales y Pythágoras,

1 Frase de Platón. Timeo.

busca dentro de su alma el origen de sus ideas y hállalas, tan resplandecientes y vivas (así lo entendía) como aquellas de que son reflejo y reproducción y las ve como el mejor ornamento de su alma, como semillas de la eternidad, según la bella frase de Scalígero y anteriores á la imagen móvil de la eternidad que se dirige a eterno número'' (1) ¡Ah si conociéramos la riqueza de nuestras almas, si penetráramos en el seno de sus tesoros y pudiéramos numerarlos y contemplarlos por su orden!

Ven, alma, más bella que el verbo de un angel, más fuerte y más potente que la resultante de todas

1 Definición del Tiempo, Platón. (Timeo)

las fuerzas del Universo aplicadas á un punto; entra en tí misma, contempla tu esencia, mide tu pujanza; no dejes (te diré aquello que decía Orphee al hijo de la lucífera luna) que pensamientos anteriores te priven de la cara vida; aplica en esta contemplación todo el poder de tu ingenio, entra bien en el camino y contempla á la reina del mundo. Entonces amarás este tabernáculo de las ideas, como lo amaron Platón y Plotino, Malebranche y Fenelón.

En tus palabras se trasluce un sistema ideológico más puro y conciliador que los de todos los ontólogos y entiendo ahora, mejor que antes, cuando era idólatra de los

sueños de Platón, que mi alma es una forma purísima que precontiene las ideas, como un inmenso círculo millares de círculos concéntricos, una morada de lo divino, substancia cuasi deiforme, incorruptible y libérrima; rica por la muchedumbre de sus ideas y por la abundancia de su hermosura; insaciable en el amar, inagotable en el entender; esencia modelada por un ejemplar perfectísimo; luz que no se apaga, flor que no se marchita, vida que no mengua, ni muere; gloria de su Creador y objeto de su munificencia.

Qué cosa fuera el mundo sin tí, sin tu luz, sin tu movimiento, sin tu vida? Desierto, yermo solita-

rio, morada del olvido, palacio sin habitantes, taller sin artista. De tí, oh mónada divina, puede decirse lo que del Universo dijo Platón. "Vió el padre que el mundo por él creado tenía en sí movimiento y vida y se alegró, y, movido por esta alegría, pensó hacerlo más semejante al ejemplar (1).

Buscaré, oh cristiano, en mi alma lo bello, ya que ni mis manos, ni mis ojos pueden hallarlo en la materia. Si todas sus formas existen espiritualmente en mi alma, qué más puedo desear? Las engendraré en mí mismo y uno mismo serán el artífice y el artefacto y al contemplarme, podré decir: Todas las ideas

1 Timeo.

de mi alma mezclan sus luces, para que no se vea sino una sola luz; la de lo bello, todos sus gérmenes, para que no florezca sino una sola idea; la de lo bello, nada hay en mí que no sea uniformemente bello por doquiera, que no apacigüe mi ánimo; lo bello en mí existente riquísimo, por el número de su participabilidad, lo intangible, lo sereno, lo simple de su ser purísimo adormecen toda virtud sensible y ya no veo, ni oigo, ni pienso que exista nada á mi alrededor; toda mi vida se concentra en el espíritu, y no puedo dejar pasar un instante de esta contemplación, que no sea en avivar el goce de este dulcísimo enajenamiento. ¡Cuán feliz,

es, oh cristiano, el que al sentir estas suaves emociones entiende que su vida es inextinguible! ¡Cuán desgraciado fuera, si, al contemplar estas maravillosas ideas, pensara que no era inmortal!

Esta belleza, que es al mismo tiempo bondad, despertará al amor, esto es, á la virtud que concuerda las dos naturalezas discordes del *microcosmos*, entrelaza sus partes y enciende la llama del entusiasmo y del deseo, la cual, lejos de consumir, da dulce expansión al espíritu, para que los afectos todos, concordés, conspirando á un mismo fin, se dilaten dentro de él; la virtud que por manera casi divina los templó y uniformó

y los eleva á un orden nobilísimo. Este amor celeste suavizará mi espíritu con sus caricias juveniles; lo llevará á las fuentes del goce purísimo, y nutrirá el deseo de la inmortalidad y de la perpetua frescura de la juventud y del Bien mismo, indistinto de la belleza misma. *Pereatille nugator*, diré con Prodroso, que en la lid y no en la innata ley de la armonía, buscaba el armonismo universal y sea toda ley de amor, como quieren Eryximaco, Agathón, Himerio y Prodroso. Todo en mí será hermosura y bondad y todos mis actos de contemplación y de amor.

Dichoso tú, oh cristiano, cuyo corazón late, hace cinco lustros,

vivificado por una alma cristiana, mil y mil veces dichoso tú que en esta edad envidiable aspiras ya por subir al último grado de una iniciación de amor más verdadera y provechosa que aquella otra, por cuya asección gasté vanamente los días juveniles!

CRISTIANO.

Fuerza es que de un salto y no por los grados que señaló la fatídica Diótima, llegues á la cumbre de lo bello, porque es inútil tarea, amar gradualmente los hermosos cuerpos y las hermosas almas, pues sólo la contemplación conduce hasta allí. Contempla sin intermisión y la bondad, que en lo bello existe,

irá encendiendo y nutriendo la llama del amor. Y cuando tu mente perciba en toda su plenitud la belleza de tu espíritu, y con aquella claridad vedada, hasta ahora á todo mortal, tu corazón será una morada florida, donde posarán todos los amores.

Sea el círculo *a* el sujeto que ama y los círculos concéntricos las



ondas amorosas que forman los radios del amor; supón que en las líneas *lu*, *mo*, *ol*, *mu*, están todos los objetos amables y en ellos los límites objetivos del amor: cuando el sujeto *a* llega á amarlos todos, todas las ondas amorosas retornarán al centro *a* y allí se confundirán, porque las líneas de lo amable son el obstáculo que las hará retornar por el mismo modo que al dilatarse tenían. Y así, cuando alguien ama quiere ser amado, y, cuando esto alcanza, su amor vuelve transformado en el amor del amado, es decir, vuelve la onda amorosa al propio sujeto; y así como fuera contra las leyes de la acústica que las ondas sonoras no retornaran

cuando hay algun obstáculo, así es contra las leyes del amor que el afecto amatorio, no retorne al propio sujeto, transformado en el amor del amado, que es el obstáculo con que chocan las ondas amorosas.

Cuando estés constituido con otros muchos seres felicísimos en el centro del cuadrado del amor, circundado por las líneas infinitas de lo amable, serás un rico amante y tu corazón un cielo donde brillarán todos los alígeros amores, girarán todos al rededor de tí y serás uno de sus centros. ¿Qué dicha tan regalada será amarlo todo y ser por todos amado, allí donde todo sér es amante y amable! Aquí, oh filósofo, las flores pierden su her-

mosura gentil, las almas sus esperanzas, el sol su lumbre; aquí la perla olvida á la ondeante mar, el lirio el valle solitario, el alma su amor primero, pero allí, paraíso de eternas memorias, nada se pierde, ni nada se obscurece, ni nada se olvida: allí ninguna onda de tu inmarcesible amor, dejará de retornar á tí transfigurada, ni ninguna volverá, que no sea, para acrecer el número de tus dichas: el eter purísimo y sutil, te traerá en sus ondas todo lo que sea luz, sinfonía y amor y confundidos en armónica, indestructible é invariable unidad estarán siempre presentes á tí y cuasi compenetrados con tu misma alma, que gozosa girará en medio

de la luz abundantísima que efundirá de sí misma. Conocerás al Bien mismo por el cual tantos años suspiraste y lo amarás (y este será el mayor de tus gozos), sin temor de que el amante deje de serlo algún día, ó de que el amor se extinga: Este amor de subido á inestimable precio te arrimará al Verbo mismo, á la hermosura que vanamente buscaste en los discursos de los teósofos y en las doctrinas de los sabios y te unirá, sin que medie distancia alguna, sea cual fuere, á ese Ente que, según el más poderoso y audaz de los ontólogos, es el lugar de los espíritus, como el espacio lo es de los cuerpos.

Allí verás, oh artefacto á tu ar-

tífice, oh alma á tu idea ejemplar; allí la contemplarás, con infinito gozo y arderás perennemente en amor de ella. Qué desfallecimientos, qué deliquios sentirás al ver intuitivamente á esa idea, causa ejemplar tuya! No crees que tu gozo será mayor que todos los anteriores y mayor aún que aquel que sentiste, cuando por vez primera contemplaste las formas juveniles de tu cuerpo en la sosegada fuente; no crees que en el enajenamiento del amor, al contemplar de súbito la eterna idea, sentirás ser una sola cosa con la idea misma. ¿No piensas que la Minervá de Fidias, si pudiera ver su ejemplar en la mente del artífice, creería en el

primer momento de la súbita visión que idea y forma eran en ella una misma cosa? Tú, cuyo artífice, ideal y forma, son más nobles que los de aquel mármol deiforme, con cuanto mayor gozo, sentirás (dulce engaño!) la plenitud de esta suprema identificación. Así como el árbol que crece junto al manso arroyuelo, creería, si Dios lo dotara por un instante de inteligencia, que la imagen suya dibujada en la cristalina linfa, tan fielmente que no echaría de menos ni una sola de sus hojas, ni las gotas de rocío, era el árbol mismo, y no un simulacro; así tú, cuando veas tu idea, donde contemplarás todo lo que hay en tí, pensarás quizá, que

te contemplas á tí mismo, pues nada verás en tí, que no veas en ella si exceptúas las deficiencias formales de tu alma que la empañaron en días preteritos.

Feliz mil veces, alma entonces rica de verdades y abastada por tu amante de todos los bienes; espíritu colmado de felicidad y de hermosura; luz, estrella mística del mundo incorpóreo; forma inmaculada, trasparente, para todos visible, para todos digna de contemplación y de amor; unidad y número, esplendor y armonía; esencia á la vez uniforme y á la vez multiforme; *philautó* verdadero y dichosísimo; mar tranquilo en el cual se reflejarán los místicos soles, en

cuya superficie podrá contemplar cualquiera en los eternos días, la supraceleste espiritual mecánica, las fuerzas vivas, perennes, ordenadas conforme á las innatas leyes de un amor inextinguible, pacífico y no *tedífero*, avasallador, rico, idólatra de la concordia y de la paz: flor de aquel jardín, como la rosa de la canción griega, *rubor de aquellos prados, ojo de aquellas flores, ornamento del paraiso, esplendor de sus plantas*: exhaladora de suaves afectos, excitadora de todas las ondas de amor y de luz, imagen y espejo, luz y diamante, ritmo y contento, lira y melodía.

FIN DEL CANTO.

II

Cuántas son las causas del amor irresistible que tenemos al yo? Innumerables, pero son estas las principales: amamos al yo, 1º porque es la cosa que más nos pertenece: 2º porque es el primer bien que conocimos y el objeto de nuestro primer amor; 3º porque es el único bien que no está fuera de nosotros y la única prenda que nadie pueda arrebatarnos, 4º porque en el yo es donde se realiza y resplandece más vivamente la excelencia y perfección del amor, que es la identificación del amante y del amado: 5º porque el amor á lo